

Garibian, Sévane, Élisabeth Anstett y Jean-Marc Dreyfus, eds. 2017. *Restos humanos e identificación: violencia de masa, genocidio y el “giro forense”*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 222 pp.

María Fernanda Olarte-Sierra*
Ensamble Investigaciones, Colombia

Las formas de violencia extrema, como el genocidio, la violencia de masa, los conflictos armados de larga duración o el terror del Estado, han provocado a su paso un número indeterminado de muertes; cadáveres que han sido escondidos, otros expuestos, algunos enterrados o arrojados a los mares, ríos y lagunas. Sin embargo, y a pesar de los intentos por ocultarlos, tal como lo demuestran las contribuciones de este libro, los cuerpos producto de estas violencias tienden a reaparecer. Familiares, organizaciones civiles y testigos se han encargado de que así sea, al buscar —a veces exitosamente y muchas veces no— los cadáveres de quienes sufrieron estas muertes violentas, que invariablemente fueron ilegales. Estas búsquedas tienen el fin de recuperar los cuerpos y enterrarlos de formas dignas. Ahora bien, como lo señala Verdy (1999), los cuerpos muertos tienen un valor político innegable, dado que son actores centrales en los ejercicios de memoria, en los procesos de justicia transicional, en las prácticas de reivindicación de derechos civiles o en las luchas identitarias y religiosas, entre otros. Esta característica de los cadáveres conduce a los autores de este libro a preguntarse por las prácticas destinadas a su recuperación; es decir, la búsqueda, la exhumación y la posible identificación. Prácticas que responden a lo que se ha llamado el *giro forense*: la participación de antropólogos y patólogos forenses en contextos de violencia extrema, donde no solo son partícipes de los procesos de exhumación, sino que cumplen un papel decisivo en eventos sociales, políticos y jurídicos.

El libro es editado por tres académicos que, desde disciplinas distintas, han abordado el tema de lo forense, el manejo de los cuerpos y la muerte en masa. Sévane Garibian es profesora de derecho en las universidades de Ginebra y Neuchâtel en

* Doctora en Ciencias Sociales y del Comportamiento por la Universiteit van Amsterdam (UvA), Holanda. Investigadora senior en Ensamble Investigaciones (Colombia). Entre sus últimas publicaciones se encuentran: “Of Flesh and Bone: Emotional and Affective Ethnography of Forensic Anthropology Practices amidst an Armed Conflict”, *Tapuya: Latin American Science, Technology and Society* (2019), <https://doi.org/10.1080/25729861.2018.1543569>; (en coautoría con Jaime Enrique Castro Bermúdez) “Notas forenses: conocimiento que materializa a los cuerpos del enemigo en fosas paramilitares y falsos positivos”, *Antipoda. Revista de Antropología y Arqueología* 34 (2019): 119-140, <https://doi.org/10.7440/antipoda34.2019.06> ✉ olartesierra@gmail.com

Suiza y lidera el programa de investigación *The Right to Truth, Truth(s) through Rights: Mass Crimes Impunity and Transitional Justice*, de la Universidad de Ginebra. Élisabeth Anstett es antropóloga social e investigadora del Centre National de la Recherche Scientifique en Francia. Jean-Marc Dreyfus es historiador y catedrático de la Universidad de Manchester en el Reino Unido; junto con Anstett y Caroline Fournet, coordina la revista *Human Remains and Violence: An Interdisciplinary Journal*.

Este libro proporciona una mirada crítica al ejercicio forense y pone de manifiesto que, lejos de ser un quehacer neutro por su carácter científico, se trata de una práctica política que tiene la posibilidad de favorecer o desfavorecer experiencias y relatos particulares. De esta manera, se hace evidente que, así como los cuerpos tienen vidas políticas, el acto de exhumar es político en sí mismo. Ya lo señalan los editores en la introducción: “el momento de la exhumación siempre depende del contexto político (y a veces geopolítico), como de la política nacional de la amnistía o la política local de la memoria” (13). Por lo tanto, no es posible mantener una actitud triunfalista en donde la exhumación y la identificación siempre se asuman como elementos que contribuyen de manera inequívoca tanto a la justicia social como criminal. Ahora bien, a pesar del matiz que se le dé a la evidencia y a las labores forenses, se debe también aceptar que, como producto del giro forense, estamos ante “un verdadero cambio en el paradigma del recuerdo” (15), pues pareciese que se tiende a privilegiar el registro material del contexto forense y los argumentos que los forenses presentan sobre los testimonios de quienes vivieron la violencia y la catástrofe de primera mano. Esto implica que “los recuerdos colectivos ya no se obtendrían desde el paradigma testimonial sino desde el paradigma de la evidencia material” (15). En este contexto, el libro, conformado por diez capítulos, es guiado por preguntas como estas: ¿Quién hace la exhumación y con qué fines? ¿Quién toma la iniciativa de exhumar? ¿Cómo se establece la legitimidad de las exhumaciones? ¿Qué nos dicen las exhumaciones sobre temas sociopolíticos y culturales? ¿Cuándo buscar hacer una identificación y cuándo no?

Los autores, quienes a su vez también provienen de diferentes disciplinas —desde la antropología social, la arqueología y la historia, pasando por el derecho, los estudios de memoria, los estudios judíos y del Holocausto y los estudios de genocidio, hasta llegar a las ciencias forenses—, abordan temas relacionados con los agentes y las acciones que conllevan la exhumación y la posible identificación, en los casos en los que identificar es un objetivo; las técnicas y prácticas para la identificación y para el manejo de los cuerpos; y las motivaciones para que se realice una exhumación. Asimismo, el libro presenta tres ejes temáticos —que no se constituyen en secciones— dirigidos a alimentar las discusiones sobre las dimensiones sociopolíticas de la labor forense. El primero tiene que ver con la jerarquía de los actores, que forma parte de las exhumaciones (o sus luchas por lograrlas). También hablan de la cultura material (y sensorial) que supone un evento de exhumación, que incluye desde las ropas que visten los cadáveres hasta los ataúdes en los que se les entierra después de hallados. Por otro lado, se discute la dimensión territorial de la violencia en masa o la violencia extrema, en la cual las exhumaciones constituyen un punto central para entender la importancia

del lugar del asesinato y del entierro como elementos que contribuyen a dar cuenta de los hechos violentos, pero también de las posibilidades geográficas de continuar el ocultamiento de los cuerpos o de favorecer el saqueo de las tumbas. Finalmente, los textos presentados en este libro problematizan la idea de las exhumaciones como parte de procesos de construcción de comunidad y de colectivos, que refieren a un pasado con miras a construir el futuro desde el presente, en el que se dignifique a los muertos y se reconozca a los culpables. En este sentido, también asume una mirada crítica sobre las discusiones eminentemente jurídicas sobre la legalidad de las exhumaciones y su legitimidad para participar en juicios de justicia transicional, así como de las versiones unificadoras del pasado que se presentan y se priorizan.

Dada la naturaleza variada de los intereses de los autores, las contribuciones que componen el libro tienen un carácter claramente interdisciplinar; así mismo, abarcan espacios temporales que van desde la ocupación española a California en la segunda mitad del siglo XVIII hasta el genocidio en Ruanda en la década de 1990 y abordan hechos violentos ocurridos en diferentes partes del mundo. De esta manera, el capítulo inicial llamado "Legados amargos: una guerra de exterminio, saqueo de fosas y guerra de cultura en el oeste americano", de Tony Platt, discute críticamente el destino de las fosas de los nativos norteamericanos en California. Para Platt, quien ha estudiado extensivamente temas de racismo, memoria y exclusión social en la historia estadounidense, la actividad arqueológico-científica que ha recuperado restos de los yurok ha servido para ocultar el exterminio padecido por los nativos durante la ocupación española entre 1769 y 1834. Esto se debe a que tal actividad se vinculó al interés sobre los orígenes humanos, con lo cual los restos se convirtieron en curiosidad científica, sin buscar dar cuenta de los abusos que sufrió la población yurok. Para el autor, estos abusos continúan en la medida en que muchos de los restos no han sido entregados a sus comunidades para ser propiamente enterrados, sino que siguen expuestos o forman parte de colecciones de museos o de universidades. Un ejemplo de ello es la Universidad de California en Davis, cuyo campus es uno de los principales repositorios de estos restos óseos. Según Platt, recuperar las historias yurok supone un acto de compromiso histórico y social que contribuirá a superar el "olvido escrupuloso" de la historia de California (33).

Después de esta primera reflexión, que invita a problematizar las exhumaciones con fines de documentación racial y no de reivindicación político-cultural, siguen tres capítulos que abordan el asunto de los agentes y las acciones. El primero, que se titula "Capítulo final: descripción de la exhumación del nuevo entierro de los judíos polacos víctimas del Holocausto en las páginas de los libros Yizkor", es de Gabriel Finder, un jurista y académico estudioso del Holocausto y el pos-Holocausto nazi, quien presenta las labores solitarias, incansables y peligrosas que los sobrevivientes judíos polacos emprendieron una vez terminada la guerra. Con la intención de recuperar los restos de los miembros de sus familias, darles sagrada sepultura y protegerlos, algunos de ellos se dieron a la tarea de buscar, exhumar y volver a enterrar a víctimas judías. Este capítulo nos muestra cómo estas exhumaciones están marcadas por el imperativo moral de dignificar a los muertos según la tradición judía y de legitimar su sufrimiento tanto como

el de los sobrevivientes. Estas acciones de dignificación iban además acompañadas de los libros Yizkor: documentos en los que quien hacía las exhumaciones registraba los números y posibles identidades de quienes estaban allí enterrados. Finder explica: “[e]scritos principalmente en ídish y en hebreo, los libros Yizkor [...] fueron el producto del esfuerzo genuino de los miembros sobrevivientes de cientos de comunidades judías destruidas” (40). Estos documentos y su posterior publicación demuestran el valor para lo colectivo y lo identitario que tienen acciones individuales que buscan recuperar las historias de las víctimas.

A este capítulo le sigue “Bykivnia: cómo ladrones de tumbas, activistas y extranjeros terminaron con el silencio oficial sobre las fosas comunes de Stalin cerca de Kiev”, de Karel Berkhoff, investigador de asuntos de guerra, genocidio y Holocausto. Su texto es una pieza que da cuenta de cómo los procesos de exhumación están atravesados por múltiples intereses políticos. En el marco de las matanzas en masa durante el Gran Terror estalinista, el silencio de las autoridades soviéticas y ucranianas mantuvo oculta una gran fosa masiva. Sin embargo, la acción de agentes civiles, entre los que se incluían periodistas, saqueadores de tumbas y extranjeros, impulsó la búsqueda de los restos y su exhumación para así dar fin al silencio oficial. Ahora bien, en un contexto marcado por la intención de ocultar los hechos y ocultar los cuerpos, estas exhumaciones lejos están de tener condiciones ideales, ya sea en términos de voluntad política para facilitar la investigación y la judicialización de los responsables, como en términos de cualificación de quienes exhuman y del tiempo asignado a dichas labores. En este sentido, se sospecha que aún miles de cuerpos siguen enterrados; por lo tanto, este caso ejemplifica cómo las exhumaciones no siempre cumplen la promesa de traer justicia y dignificar a las víctimas. Berkhoff hace un llamado a que las exhumaciones mantengan una dimensión judicial para que se produzcan pruebas que contribuyan a juzgar a los responsables y no se limiten al acto de exhumar para volver a enterrar.

Para finalizar las discusiones sobre agentes y acciones, se encuentra la contribución de José López Mazz, arqueólogo y antropólogo forense que ha trabajado en la exhumación de cuerpos de desaparecidos durante la dictadura uruguaya. En el capítulo titulado “El ocultamiento de los cuerpos durante la dictadura militar en Uruguay (1973-1984)”, el autor se centra en la necesidad de desarrollar herramientas científicas y confiables para el estudio de la violencia, sobre todo para casos en los que se busca ocultar los hechos por parte de los responsables. López Mazz basa su argumento en el trabajo que adelantó en compañía del Grupo de Investigación en Antropología Forense en los casos del ocultamiento de los cuerpos de desaparecidos durante la dictadura militar en Uruguay (1973-1984). Señala la necesidad de una investigación adecuada para poder evitar las identificaciones erróneas, especialmente cuando los implicados en los crímenes entregan información falsa sobre los cuerpos para prolongar el ocultamiento de sus acciones. En este sentido, el autor advierte que “[l]os desafíos de la investigación del proceso de identificación surgen directamente del tipo de tratamiento dado por el perpetrador a los cuerpos de las personas desaparecidas” (95); una afirmación que sustenta haciendo referencia a la Operación Zanahoria, en la que, a través de la exhumación

ilegal de las fosas, los militares intentaron ocultar los asesinatos en masa que ocurrieron durante la dictadura uruguaya. Para este autor, el ejercicio forense de exhumación e identificación, con miras a recuperar los cuerpos de quienes murieron como producto del terror de Estado, es, a su vez, un ejercicio que contribuye tanto a la memoria social de la represión como a profundizar en el estudio y el entendimiento de la violencia.

Con respecto a los medios y métodos, se presentan tres capítulos que abordan esta temática, nuevamente desde geografías y eventos diferentes. Abre este eje el capítulo “Secretos de Estado y ocultamiento de cuerpos: exhumaciones de víctimas de la era soviética en la Rusia contemporánea”, de Viacheslav Bityutskii, fundador del Voronezh Memorial y quien fuera participante del Consejo Regional de Voronezh para la restitución de los derechos y la rehabilitación de las víctimas de la represión política durante el estalinismo. En su capítulo, Bityutskii presenta las exhumaciones que tuvieron lugar al sur de Moscú. Nuevamente con el Gran Terror estalinista como escenario, el autor describe cómo se llevaron a cabo la búsqueda y la exhumación de cuerpos ejecutados ilegalmente y ocultados entre 1937 y 1938. Esta contribución resalta el valor de las movilizaciones civiles, como la de la ONG Memorial y la organización RIF, que lograron ejercer presión sobre los Estados y consiguieron que se realizaran investigaciones y exhumaciones para hacer justicia a algunos de los que murieron a manos de la violencia extrema. De la labor de exhumación se pudo inferir que, dada la gran escala de muertes, el tipo de heridas que presentaban los cuerpos y las prendas que vestían, se trataba de civiles ejecutados y no de militares o insurgentes. De esta manera, aunque no se pudo condenar a los culpables — pues el caso se cerró porque los perpetradores estaban muertos o porque era imposible establecer su paradero— ni tampoco se logró identificar a las víctimas, Bityutskii señala que las exhumaciones tuvieron un efecto valioso para la sociedad rusa contemporánea, dado que sirvieron para contribuir a la memoria histórica de la represión a través de la visibilización de esos actos de terror que se mantuvieron ocultos por tanto tiempo. De esta manera, el autor afirma que “la exhumación es un acto político dirigido a posibilitar una comprensión más profunda de los procesos históricos del pasado” (108).

El capítulo que sigue se titula “¿Un mero ejercicio técnico?: desafíos y soluciones tecnológicas para la identificación de personas en escenarios de fosas comunes en un contexto moderno” y se enfoca en los aspectos técnicos y tecnológicos de las exhumaciones y las identificaciones, además de hacer un llamado al desarrollo de nuevas metodologías que apoyen los procesos de identificación para evitar las identificaciones erróneas. Los autores Gillian Fowler y Tim Thompson, ambos antropólogos forenses con extensa experiencia en asuntos de identificación humana, abordan los desafíos y las posibles soluciones de las exhumaciones de fosas comunes. El interés en desarrollar nuevas técnicas y tecnologías para la identificación se basa en un esfuerzo por aportar a la verdad y la reconciliación; por dignificar tanto a los muertos como a sus familias y evitar “excluirlos de sus comunidades de muerte”, como señala Ferrándiz (2013, 39). Los autores indican que, de esta manera, se pueden ofrecer elementos que contribuyan a establecer el carácter ilegal de las circunstancias de la muerte; por

lo tanto, las exhumaciones no solo se deben realizar con las técnicas adecuadas, sino deben seguir las indicaciones legales necesarias y trabajar de forma coordinada con las instituciones relevantes. Así, los productos de las exhumaciones pueden servir como evidencia en procesos judiciales, a la vez que se evitan las falsas identificaciones, cuyas consecuencias para las familias son devastadoras. Sin triunfalismos ni heroísmos y matizando las posibilidades que brinda la tecnología, los autores presentan las diferentes formas existentes para identificar restos humanos y dejan clara la necesidad de la investigación forense, cuya base está en una aproximación antropológica y etnográfica a los sucesos para poder establecer su contexto. Es decir, la tecnología sola no funciona sino para dar falsas expectativas a las familias. En este sentido, Fowler y Thompson concluyen que “es necesario meditar profundamente antes de embarcarse en la exhumación de una fosa común. Se debe tener una estrategia de identificación alcanzable antes de comenzar a remover el suelo” (131).

Para finalizar este eje temático sobre métodos y medios está el capítulo de Admir Jugo y Sari Wastell. Jugo es un arqueólogo y antropólogo forense que participó de las exhumaciones que tuvieron lugar en Bosnia y Herzegovina y ha trabajado en los procesos de justicia transicional de estos países y de España. Wastell, antropóloga jurídica, ha trabajado extensamente en temas relacionados con derecho internacional, justicia transicional y estudios de seguridad. En su texto, titulado “Desensamblar los pedazos, ensamblar lo social: vidas forenses y políticas de las fosas comunes secundarias en Bosnia y Herzegovina”, los autores adoptan una aproximación a las fosas comunes como ensamblajes sociotécnicos que dan cuenta del contexto sociopolítico en el que ocurren los crímenes de masa y la violencia extrema. Su foco son las fosas secundarias del genocidio de Bosnia y Herzegovina. El argumento de los autores es que abordar las fosas secundarias desde la perspectiva de la teoría actor red (Latour 2005) permite entender las relaciones sociales excluyentes que marcaron el contexto de genocidio y que dan forma al disputado terreno de la memoria histórica en Bosnia. En este capítulo, igual que en los demás, se resalta el valor político de los cuerpos y las fosas secundarias dan cuenta de ello. Una vez se hizo público el conocimiento de que existían cerca de 190 fosas comunes con los cuerpos de miles de bosníacos ejecutados y en un esfuerzo por ocultar los crímenes, el ejército de la República Srpska, haciendo uso de maquinaria pesada, removi6 los cuerpos que estaban enterrados en las fosas y los distribuy6, mezclados y desmembrados, en fosas secundarias. Las consecuencias sociales de estas fosas han sido devastadoras: por un lado, se crearon “fosas comunes relacionadas” (144), lo que supuso un reto de inmensas dimensiones para las identificaciones individuales; por otro, las familias de aquellos cuyas identidades fue posible establecer recibieron los restos incompletos de sus seres queridos y solo tuvieron para enterrar partes del cuerpo de alguien que antes fue un todo. Ahora bien, en t6rminos de justicia penal, este modo de actuar se entendi6 por parte de los investigadores como prueba de la culpabilidad de quienes cometieron los crímenes y permiti6 que estos fueran procesados por la Corte Penal Internacional, así como establecer que los crímenes se trataron de un genocidio.

Finalmente, los autores señalan que este manejo de los cuerpos, materializados en las fosas secundarias, da cuenta de la fragilidad del tejido social de Bosnia y Herzegovina, en donde "los restos mezclados de la persona disociada se reflejan en las preocupaciones mezcladas de las identidades individuales y colectivas" (157).

La parte final del libro presenta aportes que tensionan la labor forense al analizar críticamente las consecuencias que pueden acarrear las exhumaciones y deja explícito, una vez más, el carácter eminentemente político de la decisión y el acto de exhumar. Así, abre esta última sección el capítulo "Identificación, política, disciplinas: personas desaparecidas y esqueletos coloniales en África del Sur", que problematiza la falta de mirada crítica que existe sobre los ejercicios de memoria y reparación en los contextos de justicia transicional. La autora, Nicky Rousseau, historiadora que hizo parte de la Comisión Sudafricana de la Verdad y la Reconciliación, sostiene que los esfuerzos por reconstruir el pasado están inmersos en una política nacionalista y neoliberal que, si bien busca reconocer errores del pasado, también busca despolitizarlos. Para sostener este argumento, la autora examina las políticas de búsqueda y exhumación de la Comisión de la Verdad, ocurridas una vez terminado el régimen del *apartheid*. Es importante señalar que dichas exhumaciones se llevaron a cabo en "una especie de vacío legal" (166), puesto que no eran funciones de esta comisión y se realizaron sin la participación de antropólogos o arqueólogos forenses. Un patólogo forense supervisó algunas exhumaciones, mientras que las demás fueron llevadas a cabo por miembros de laboratorios forenses de la policía y por sepultureros locales. Una auditoría posterior indicó que había habido múltiples errores técnicos que condujeron a identificaciones erróneas y a la subsecuente entrega de restos a las familias equivocadas. Sin embargo, las exhumaciones sirvieron para presentar evidencia material sobre los abusos policiales y contribuyeron a la visibilización de numerosas muertes y cuerpos que, de otra manera, hubieran permanecido invisibles. Las consecuencias sociales de esto fueron innegables; por ejemplo, fue posible enterrar a los muertos de formas dignas que reconocieran la injusticia de su muerte. Pero dada la función de las exhumaciones y la identificación en el marco de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, se privilegió un funeral, un entierro y, a la larga, un discurso que resaltaba a las víctimas guerrilleras, pero silenciaba las voces de los civiles. Rousseau considera que esta exclusión de otras historias en la narrativa de la memoria y la reparación tiene raíces más profundas y que no son tenidas en cuenta, tales como la violencia colonial precedente, que incluye "la violencia del conocimiento y de la ciencia racial" (186) que se vivió en Sudáfrica.

En el capítulo "¿Enterrar o exhibir? La política de exhumación en el posgenocidio de Ruanda," también se asume una postura crítica frente a los efectos de la exhumación y el posterior manejo de los cuerpos, así como de la dimensión política y geopolítica de la antropología forense. Rémi Korman, un estudioso de las políticas de la memoria del genocidio tutsi, expone que no siempre es el interés de las familias lo que prima en estos procesos. En Ruanda, desde 1994, después del genocidio, se han llevado a cabo numerosas exhumaciones por parte de los sobrevivientes, de la Iglesia y del Estado. Al inicio, la Iglesia católica coordinó la consecución de recursos para exhumar y enterrar

debidamente a los muertos. Se trató de exhumaciones colectivas y públicas. Posteriormente, el Estado asumió la responsabilidad de las exhumaciones que se realizaron como parte del programa de entierro digno y después, en 1996, la Comisión Memorial del genocidio se encargó de estas. La política de la identificación que hubo alrededor de las exhumaciones merece especial atención, debido a que, si bien se reconoce la importancia de reparar a las víctimas, se dio prioridad a la identificación colectiva, para así poder determinar que se trató de un genocidio. Es decir, primaron los intereses de las autoridades sobre los de los familiares —quienes buscaban identificaciones individuales—, pues se buscaba (re)establecer la identidad colectiva de las víctimas y no su identidad individual. Así mismo, y en un esfuerzo por preservar la memoria sobre las atrocidades del genocidio, la Universidad Nacional de Ruanda puso en marcha un plan para preservar los restos de las víctimas. Esto conllevó otra priorización que, de nuevo, afectó a las familias: no se buscó establecer las causas y maneras de la muerte, sino preservar los restos. Por lo tanto, “las descripciones de los cuerpos y sus lesiones no pudieron ser encontradas en ninguna parte de los registros oficiales” (196). En lo que respecta a la antropología forense, ha habido numerosos esfuerzos para implementar pruebas de ADN y así facilitar la identificación de los restos; sin embargo, es necesario considerar las posibles consecuencias de una nueva ola de exhumaciones masivas. Para finalizar, Korman plantea la necesidad de poner en perspectiva los aportes de la antropología y las demás ciencias forenses, en relación con el entendimiento de la violencia, en la medida en que no se trata de intervenciones apolíticas ni inocentes. Afirma que

8 ■ el valor que los antropólogos forenses atribuyen a las exhumaciones, y a la identificación en términos de reconciliación y de la restauración de las relaciones rotas, parece basarse más en un deseo político que en cualquier demanda real desde dentro de la sociedad. (295)

El libro cierra con el capítulo “Recordando las masacres de la ocupación japonesa: fosas comunes en la Malasia de la posguerra”, de Frances Tay, economista e historiadora, quien también presenta una discusión sobre las políticas de la memoria que informan los procesos de exhumación y de conmemoración. Para ello, analiza tres exhumaciones, realizadas en fosas comunes, de lo que se conoce como las masacres Sook Ching en la Malasia británica, ocurridas durante la ocupación japonesa (1941-1945). Estas masacres estuvieron enmarcadas por disputas territoriales y luchas étnicas entre la mayoría malaya y la minoría china y la consecuente reocupación británica, que buscó interrumpir los enfrentamientos para evitar un genocidio. Las exhumaciones fueron ordenadas por el gobierno británico con el fin de recuperar a los muertos y de presentar cargos de crímenes de guerra, tanto para militares japoneses como para civiles que colaboraron con ellos. A través de los tres casos presentados, la autora muestra cómo cada una de estas exhumaciones responde tanto a los intereses políticos como socioculturales de quienes las realizan y producen versiones distintas del pasado, con preponderancia sobre unos hechos y unas víctimas particulares. Esto deja claro que en los ejercicios de exhumación y conmemoración se plasman las

disputas sociales, culturales y políticas del pasado y del presente. Por lo tanto, ninguna de estas prácticas habla simplemente de un pasado *tal y como ocurrió*, sino que son alimento para construir una idea de presente que busca transmitir una narrativa particular. De esta manera, la autora afirma que, a pesar del argumento generalizado de que a través de las labores forenses se les da voz a los muertos, "lo que se revela [de lo sucedido a esos cuerpos], por lo general, no comienza ni termina con la evidencia física excavada. La evidencia seleccionada para la interpretación depende de los actores involucrados y de sus motivaciones rectoras" (209).

Los capítulos contenidos en este libro ofrecen un aporte valioso para los estudios sociales de las ciencias forenses, en cuanto permiten matizar y complejizar las labores de exhumación, identificación y memoria en contextos de violencia de masa y genocidio. Al presentar miradas críticas sobre la labor forense, permiten entender la naturaleza múltiple, no neutral e inherentemente política de estas prácticas, elementos centrales para tener en cuenta al estudiar la violencia y el conflicto armado.

Referencias

1. Ferrándiz, Francisco. 2013. "Exhuming the Defeated: Civil War Mass Graves in 21st-Century Spain". *American Ethnologist* 40: 38-54. <https://doi.org/10.1111/amet.12004>
2. Latour, Bruno. 2005. *Reassembling the Social: An Introduction to Actor Network Theory*. Oxford: Oxford University Press.
3. Verdy, Katherine. 1999. *The Political Lives of Dead Bodies: Reburial and Postsocialist Change*. Nueva York: Columbia University Press.